

Detroit, la ficción al rescate de la realidad

(Kathryn Bigelow, 2017)

Prevalece el deseo que los hechos reales no queden impunes... Cincuenta años después de los dramáticos enfrentamientos raciales en Detroit, la cineasta Kathryn Bigelow recrea acontecimientos que se enmarcan en los violentos altercados, para centrarse en los sucesos ocurridos en la noche del 25 de julio de 1967 en el motel Algiers, conocidos como *12th Street Riot*, en los que un grupo de policías de Detroit asesinó a tres jóvenes negros, después de golpearles y humillarles, al ser sorprendidos en grupo con dos jóvenes prostitutas de raza blanca. A partir de un guion de Mark Boal, que plantea una minuciosa reconstrucción del suceso, el trabajo cinematográfico de Bigelow aporta dinamismo visual y expresión dramática ineludible en un film que pretende sacar a la luz lo que en su momento fue oscurecido y sepultado en la impunidad por las autoridades judiciales y las leyes americanas.

Lo que cuenta la historia

Los motines de Detroit en 1967 son unos de los más violentos y destructivos enfrentamientos raciales vividos en la historia de Estados Unidos. En tan sólo cinco días de aquel mes de julio, murieron en la calle 43 personas, 342

resultaron heridas, más de mil edificios fueron quemados y el ejército llevó a ser movilizado, desplazando a más de siete mil soldados para poner orden en la ciudad¹. El caldo de cultivo de este

¹ <http://www.history.com/this-day-in-history/the-12th-street-riot>

sofocante verano en Detroit era una ciudad con un fuerte crecimiento de población afroamericana, que convirtieron la urbe en un hervidero de tensión racial con más de 60.000 personas de raza negra hacinadas en pequeños apartamentos de los suburbios de la ciudad, donde la comunidad blanca ejercía el control comercial y financiero, en estrecha colaboración con el Departamento de Policía que, pese a contar con algún miembro afroamericano en una tímida política de integración, era visto por los negros como un auténtico ejército de ocupación blanco, al servicio de los intereses de los blancos que dominaban la ciudad y su potente industria de fábrica de automóviles, que en buena parte absorbía trabajadores de color, pero insuficientes para garantizar el bienestar social que se incrementó con la crisis del sector, el desempleo y la huida de la población blanca a los barrios residenciales, convirtiendo el centro y los suburbios negros en un verdadero campo de batalla.



El arresto masivo de personas, más de un millar, no sirvió para frenar la escalada de violencia que se inició al mediodía del 23 de julio, con el saqueo de negocios y el incendio del primer edificio, que sumó a los bomberos a las fuerzas policiales, y más tardes militares, que sufrieron el asedio espontáneo de francotiradores, en un clima de terror generalizado.

Un cruce de perspectivas

Desde un punto de vista narrativo, la película de Bigelow recrea los hechos de forma lineal y sin juego estructural alguno, tras una primera parte de contextualización donde vamos descubriendo a los personajes y focaliza al fin su extenso metraje en la situación central en la noche del 25 de julio en el motel Algiers, la retención, interrogatorios que vulneraron los más elementales derechos, humillaciones, golpes y asesinatos sucesivos de los negros como cobayas en una ratonera, donde parece que no hay escapatoria posible. Por tanto, en una única situación que muestra la indefensión de unos jóvenes cuya única culpabilidad parece ser el color de su piel, sometidos a los abusos de un reducido grupo de policías xenófobos, obsesionados por encontrar coartada y justificar lo injustificable, en una huida hacia delante de sus propios actos, para lo que necesitan perentoriamente encontrar a un culpable en evidencia, un supuesto agresor, el francotirador que originó el incidente.



En pocas palabras se puede explicar la trama y sin embargo la película resulta densa en el cruce de miradas y perspectivas, que rehúye focalizar el protagonismo para provocar el intercambio de perspectivas, siguiendo a los diferentes personajes que de forma coral protagonizan la película. Lejos de dejarnos la sensación de haber estirado el tema casi al límite de la duración de un film comercial, para el gran público

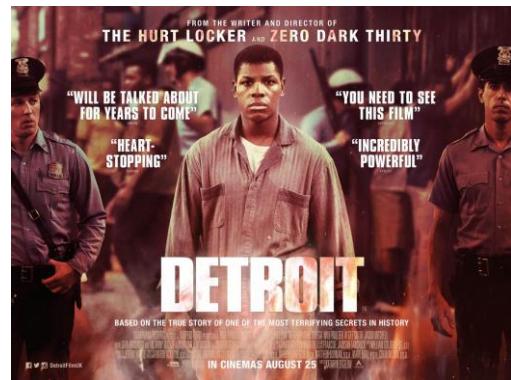
(así creo que puede definirse), la riqueza y sutileza de los matices que han puesto en sus personajes Mark Boal y Katherine Bigelow da una aparente sensación de pluralidad, de contraste de puntos de vista que deja muchas ideas abiertas, incluso sin explorar, como ventanas a las que habríamos de asomarnos para tener una visión más plural y contrastada de unos hechos reales que son relatados con la fuerza visual de la indignación que aun provoca su impunidad. Y sobre todo, unos hechos todavía no superados, que mantienen visos de actualidad en la era Trump. Curiosamente los vemos a la vez como sucesos del pasado y como una grotesca premonición de barbaridades que pueden volver a suceder... tal vez por eso, la película no nos deja el poso de indiferencia por lo inalterable del pasado, como ocurre a veces con las películas históricas, sino que convierte en hecho presente y muy pertinente la necesidad de esclarecer lo sucedido.

En definitiva, es lo más destacable, esta situación concéntrica en Detroit 1967 sirve de espacio dramático para la reflexión plural y desde la perspectiva de medio siglo, pese a que la historia toma partido con claridad, como decíamos antes, desde el lado de quien mantiene la pretensión de desvelar una realidad oculta y condenable. Tal vez en gran medida esa sensación de realidad plural procede en realidad de la propia confrontación, riqueza y variedad de roles de sus personajes, en las innumerables escenas que ofrecen un cara a cara entre ellos, en un juego de contraposiciones que va alternando constantemente a los protagonistas.

Melvin Dismukes, guarda de seguridad: un anti-héroe.

El personaje en la encrucijada es Dismukes (John Boyega), joven negro

que trabaja como guarda de seguridad del edificio. Por edad y condición racial, el honesto y bienintencionado Melvin Dismukes está del lado de los retenidos, es solidario con ellos, se identifica ineludiblemente y sin embargo su trabajo como guarda de seguridad le obliga a mantener una posición de respaldo a las acciones policiales.



En un momento dado Dismukes mueve ficha y alimenta la expectativa de un acto heroico, pero acaba por desvelarnos que no es ésta su condición, sino que prevalece la sumisión para la que parecen haber sido educados los hombres de su posición racial. No resulta difícil entender ni justificar el repliegue y el silencio de Dismukes...



Quizá la lectura es que los actos heroicos aislados han alimentado la leyenda pero han resultado inservibles para resolver una xenofobia de profundas raíces sociales e históricas, pero nadie dispone de dos oportunidades cuando en ese actuar o no actuar está en juego la propia vida. Impecable interpretación de John Boyega, el nuevo Denzel Washington.

Un policía xenófobo.

El personaje del mando policial, el jefe de patrulla Krauss, interpretado por Will Poulter, articula la trama central como un macabro director de orquesta, es el elemento (la autoridad) que genera el desarrollo de los acontecimientos y que aporta los mayores elementos de tensión, con su odio visceral, sus antecedentes, y su obsesión por encontrar justificación a sus acciones, pese a que poco a poco los demás polis dejan de secundarle hasta quedar sólo respaldado por dos fieles que acabarán por traicionarle. Krauss dirige la redada y afronta la detención de un francotirador (en realidad con pistola de fogueo) que origina la ocupación del edificio y la retención de los sospechosos, pero la mecha de su odio se enciende cuando descubre entre ellos a dos jóvenes y atractivas prostitutas blancas, que supuestamente prestan sus servicios a un grupo de negros.

No sé muy bien la razón por la que algunos críticos tienden a calificar de exageradas o jocosas las interpretaciones de personajes arquetípicamente perversos, como corresponde al rol del cretino joven oficial de la policía de Detroit. Tal vez porque no cabe mesura en quien comete atrocidades, aun cuando haya alguna justificación, un vestigio de humanidad o arrepentimiento aún en el más deleznable de los psicópatas. Krauss es un arquetipo de la xenofobia en su arrogancia, en su abuso mezquino y despiadado del poder, en su prepotencia. El actor creo que ha comprendido perfectamente su personaje. Su juego de cejas arqueadas, a veces asimétricas, su expresión facial discordante, la media sonrisa descompensada de un psicópata... me pongo en la piel del actor y por encima

del personaje admiro al actor, no debe ser fácil encarnar a un personaje al que por necesidades del guion debe ser odiado por los espectadores, para el que no habrá clemencia, que estará en el epicentro de todas las repugnancias.

La interpretación de Will Poulter, me parece convincente y singular, es uno de los más afortunados y complejos registros de este joven actor cuya mirada inspira una extraña compasión hacia el personaje, con la que muchos no estarán de acuerdo. Es joven, quizá las circunstancias sociales, la educación recibida, su función dentro de la función le han llevado al extremo de la cobardía, de creerse su propia mentira, de hacer digna su indignidad. Terrible juego de contradicciones, hay una persona a años luz, detrás, de este personaje que no es un esbirro ni un teleñeco, es un ser de carne y hueso.



Will Poulter, más que un psicópata, un malo con cara de "buena persona" enfurecido por su propio personaje.



Un joven aspirante a estrella de la música soul: salvar la vida y perder un sueño.

El personaje de Larry Cleveland (Algee Smith) representa el eje del otro bando, el de los negros, el de las víctimas del macabro esperpento policial.



Inocente donde los haya, el azar le lleva a motel Algiers y es esa víctima que salva el pellejo pero los sucesos cambian su vida, lo cual le convierte en símbolo de la resignación de millones de personas que acaban por asumir las limitaciones sociales o profesionales de la xenofobia pero encuentran un camino por el que poner en salvaguarda la dignidad en su propio micromundo, en la esfera de lo personal, en la renuncia, en este caso, a la proyección profesional o artística que le hubiera llevado a ser lo que odia: alimentar el ocio de quienes perpetúan la xenofobia, haciendo de los negros un motivo folk, cultural o impostado. Como uno de tantos astros del soul, millonarios, que acaban por vender su corazón...

A cabeza de su grupo, liderando la banda y lindando con los narcotraficantes, nacidos todos del mismo lumpen, de la misma marginalidad, Larry sirve de contraposición con Carl (Jason Mitchell), con Greene (Anthony Mackie), narcotraficantes y vividores, como dos opciones hermanadas pero

opuestas ante el mismo fenómeno de la marginalidad.



Es el grupo más ampliamente representado, con los diez rehenes de la policía de Detroit, cuyas vidas perreras parecen no valer nada, pero que en un momento dado descubren que la dignidad no sirve de mucho para salvar el pellejo.

Julie y Karen

Dos jóvenes blancas perfectamente integradas en la comunidad negra, ejerciendo con ligereza y sin muchos prejuicios mucho más que la prostitución, la convivencia entre iguales. El detonante para la indignación de los policías xenófobos, que no entienden que personajes tan angelicales sirvan para otra cosa que para ser novias o hermanas... de los hombres blancos. Julie (Hannah Murray) y Karen (Kaitlyn Denver) son en su fragilidad y vida hipotéticamente depravada (aceptan la amistad con chicos guapos de cualquier color) el mayor atisbo de dignidad y esperanza

que apreciar en esta descorazonadora historia.



Kathryn Bigelow

En pleno auge de la reivindicación feminista de género, es reconfortante encontrar una gran película, que como el resto de su filmografía estará en la élite de los films que gozan del reconocimiento internacional, sin ninguna postulación discriminatoria o reivindicativa, simplemente como una mirada inteligente y lúcida, también sensible, de hechos brutales, no importa si nace de un “cineasta” o de una cineasta. Lo cual no significa que los hechos denunciados y la sociedad reflejada en el film no esté tremadamente marcada por una sociedad tan polarizada en sus roles, quizás de ahí se deriva la conexión entre la condición de negro y la condición de mujer. La simbiosis entre un guion de firma masculina y una realizadora femenina es perfecta. La inteligencia, la verdad, la valentía, la honestidad no tienen género.



Título original: *Detroit*

Año: 2017. Duración: 143 min.

Directora:

Kathryn Bigelow

Guion:

Mark Boal

Música:

James Newton Howard

Fotografía:

Barry Ackroyd

Reparto:

John Boyega, Algee Smith, Will Poulter, Jack Reynor, Ben O'Toole, Hannah Murray, Anthony Mackie, Jacob Latimore, Jason Mitchell, Kaitlyn Dever, John Krasinski, Darren Goldstein, Jeremy Strong, Chris Chalk, Laz Alonso, Leon Thomas III, Malcolm David Kelley, Joseph David-Jones, Joseph David Jones, Ephraim Sykes, Samira Wiley, Peyton Alex Smith, Laz Alonso, Austin Hebert

Productora:

Annapurna Pictures / First Light Production

<http://detroit.movie/>

<https://www.filmaffinity.com/es/film150729.html>

<http://www.imdb.com/title/tt5390504/>

www.elpuenterojo.es